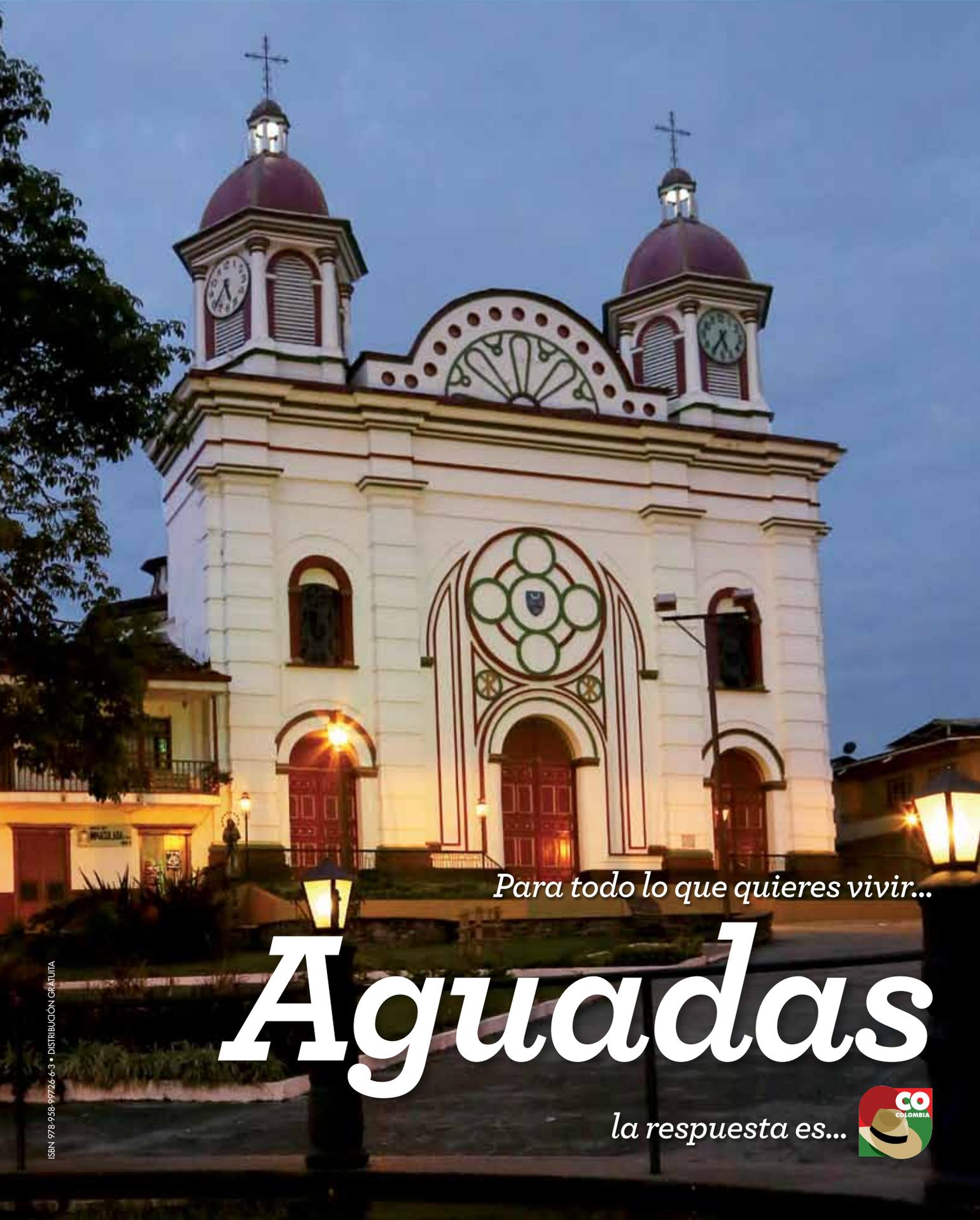


Pueblos Patrimonio de Colombia



Para todo lo que quieres vivir...

Aguadas

la respuesta es...







"Cuatro negros con focos en las manos alumbran misteriosos en la Pila/y parecen los cuatro ser hermanos/Por el serio mirar de sus pupilas/Y no solo en los ojos se parecen: también la espalda, que la tienen fría./Y al tiempo que la noche se oscurece/Alumbran ellos imitando el día".
Poesía de Domingo Marín, el poeta de Olivares, a la pila de bronce que se erige en el parque Bolívar.

De película

Primera escena: las verdes montañas imponentes...

Segunda escena: **el cacique Pipintá...**

Tercera escena: la blanca bruma que cubre cada rincón...

Cuarta escena: los vestigios de las tradicionales fondas antioqueñas...

Quinta escena: las dulces tejedoras de la palma de toquilla...

Sexta escena: la imponente **iglesia de la Inmaculada Concepción...**

Séptima escena: el parque Bolívar y la pila en el centro...

Octava escena: los balcones y portones con sus tallas de madera...

Novena escena: **una silueta de hombres recios levantando un pueblo...**

Décima escena: dos asombrados visitantes viendo cómo surge entre los sueños este pueblo...

Nombre de la película: **Aguadas, la Villa de Santiago de Arma**

Estas fueron las primeras imágenes que se clavaron en nuestros curiosos ojos al arribar a Aguadas, la llamada ‘Ciudad de las brumas’, que nos arropó con su encanto durante algunos días y nos permitió descubrir parte de nuestra historia patria, una historia enmarcada por tesoros escondidos, vida campesina, colonización antioqueña, artes, naturaleza, tradiciones, una población que “nació con la patria”, como reza el lema de su escudo.

Una historia que para mí y mi compañero de viaje se tornó en una película, en tercera dimensión, que nos permitió ver más allá; que soñamos desde las sillas del parque Bolívar; que se empezó a escribir al subir al **cerro de Monserrate** y recorrer a pie sus limpias, aseadas y empinadas calles; que se musicalizó al conocer la vida de los **hermanos Hernández** y los románticos acordes del pasillo colombiano; que se editó al calor de un suave café y del dulce sabor del pionono; que se enriqueció con la leyenda del personaje mítico del “Putas de Aguadas”; que abrió sus ángulos con una prolija producción cultural.

Una película que se enriqueció con la curiosidad por descubrir el **tesoro Pipintá**; que se proyecta al descubrir que futuras generaciones están siendo formadas para mantener la tradición, al tiempo que para innovar; que hace *zoom in* y se conmueve ante la riqueza natural de su paisaje cultural cafetero; que se ilumina al saber que ya está en marcha el proyecto que traerá de nuevo la **Ruta Arriera** a estas tierras; que cuenta con sus artesanas como protagonistas de una tradición; que cambia de escena con la denominación de origen al sombrero aguadeño; que se recrea con las añoranzas de la imagen de fondas, campesinos, mulas, caballos, costales y el pueblito viejo; que se grabó con la luz de sus faroles y sobre sus paredes de bahareque, tapia pisada y sus techos de teja de barro; que construyó un argumento con las obras culturales y artísticas de sus creadores; que tuvo como escenario principal **la bruma**, esa que abrumba y sobrecoge.

Y es que este lugar, un pueblo enclavado en el norte del departamento de Caldas, rico en construcciones vernáculas en las que se refleja la influencia del pue-

“A las consagradas y solícitas artesanas aguadeñas, quienes, tejiendo un glorioso pasado, consolidan en el presente y proyectan hacia el futuro la ancestral industria terrígena, símbolo y orgullo del pueblo bicentenario. Honor y gratitud”. En el monumento en el parque de La Confraternidad.

blo antioqueño, rodeado de un vasto paisaje natural con cultivos agrícolas donde el café es el rey, encierra magia. Este municipio, que en el año 2008 celebró el bicentenario de su fundación, se reafirma en la zona como un destino que vale la pena escudriñar, descubrir y redescubrir.

“La esquina de la estirpe”

Los inicios de esta historia se reflejan en algunos apartes de la lectura que hiciera el investigador Otto Morales Benítez, en la celebración de los 200 años de fundación de Aguadas:

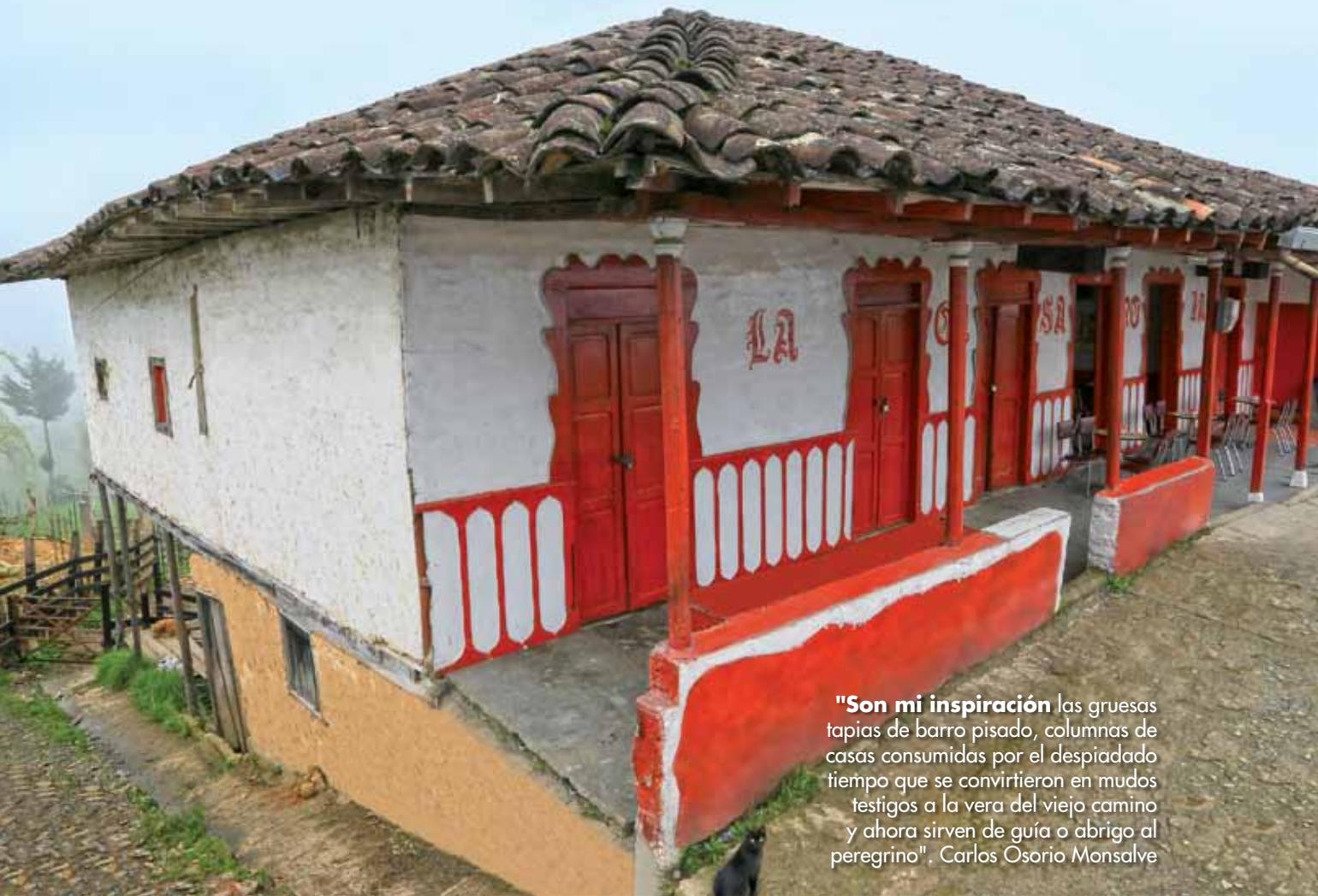
“...El gran escritor caldense José Hurtado García, en página iluminada por el brillo del estilo y la mirada zahorí de las realidades históricas, dijo que Aguadas era

la ‘esquina de la estirpe’. Es cierto, desde allí comenzó la gran aventura de los campesinos pobres en la colonización... Se reunieron en ese sitio para comentar las primeras hazañas... Desde la ‘esquina de la estirpe’, se comentó la vigilia de los empecinados agricultores. También, relataban cómo era el milagro de la aparición de la semilla en un suelo fecundo y el renuevo de la raza en el hijo que llegaba a completar el cuadro armónico de la ternura familiar”.

Aguadas, tierra soñada, como dice la canción, encierra en medio de sus montañas una historia que se remonta a la época del cacique Pipintá que, como nos narra Luis Fernando Arias, nuestro guía acompañante de la oficina de turismo, pertenecía a la tribu de los coyucues, una de las más feroces y temidas por los conquis-

"Mi sombrero aguadeño
de la palma de Iraca,
Vibra como el viento,
Acompañó al abuelo, por
más de 100 montañas....
...Tan solo se descubre ante
Dios y la patria". Pasillo
"Mi sombrero aguadeño"





"Son mi inspiración las gruesas tapias de barro pisado, columnas de casas consumidas por el despiadado tiempo que se convirtieron en mudos testigos a la vera del viejo camino y ahora sirven de guía o abrigo al peregrino". Carlos Osorio Monsalve

tadores que venían en busca de los yacimientos auríferos que se encontraban en Arma, y a quien el cacique Maitamac le había dado la orden de proteger, hasta con su propia vida, los tesoros de la región y resistiera ante los invasores, comandados por Sebastián de Belalcázar y su mariscal Jorge Robledo, quien llamó a esta tribu 'los armados' por el oro que cubría sus cuerpos.

Y así lo hizo. Se dice que este tesoro aún no ha sido encontrado y en torno a él se cierne la fascinante leyenda de que en el centro del poblado de Arma, en una cueva que está identificada, Pipintá enterró el tesoro, del cual algunos aguadeños han reconocido ir en su búsqueda, pero extrañas circunstancias, como la angostura del camino, la falta de oxígeno y ciertos puntos en los cuales, no se sabe por qué, las linternas, antorchas y velas se apagan, y el miedo que de repente les invade deciden devolverse, eso sin contar con quienes han perdido la vida en su búsqueda.

Nosotros, curiosos y fascinados ante la historia, nos prometemos, en un aire de ingenuidad, encontrar el tesoro de Pipintá. Mientras tanto nos tomamos la foto en el monumento que, en honor a este valeroso y fornido cacique, elaboró el artista nariñense José Solarte en el parque de Los Fundadores, en cuya base se lee "El sublime cacique Pipintá soberbio y pujante cubrió con

su mirada heroica el territorio amado, lo llenó de glorias del lejano Cauca hasta la Serranía de aires vírgenes y bello verdor. Su titánico músculo hizo vibrar el arco para lanzar su flecha vencedora, ella misma acrisoló una raza, sembró una fe, pulió las manos de sus fundadores para que sus hijos eligieran esta ciudad hermosa".

Ya fuimos entendiendo por qué era común ver su nombre en los establecimientos comerciales, en hoteles, en avisos, en las calles. Este cacique, que con su arco señala la dirección en la que se supone se encuentra el tesoro cargado con prendas, accesorios, joyas y herramientas elaborados en oro que extraían de los ríos Arma y Cauca, es fiel reflejo de la valentía del aguadeño. Se dice que su posición con el pie levantado representa el equilibrio y pujanza de los habitantes.

Esta esquina de la estirpe, fundada en 1808 por José Narciso Estrada fue el punto de partida de la gran colonización antioqueña, de la cual quedan claros vestigios como 'la Casa Roja', una de las más antiguas, que aún conserva su estructura original y en la que pudimos tomarnos un "pintao" (café con leche) y desde la cual, según nos cuenta Aurelio, dueño de unos de los negocios que hacen parte de la casa, se iniciará la nueva Ruta de la Arriería para el paisaje cultural cafetero -del que hace parte Aguadas-, un proyecto que busca revivir los cami-

nos de herradura, las tradicionales fondas, los agrestes caminos, los recorridos por las plantaciones de café, las cabalgatas, con trayectos que incluirán a los municipios de Pácora, Salamina, Aranzazu, Neira y Manizales.

¡Qué buena escena para nuestra película! Casi podemos ver a las huestes de aguerridos campesinos que, como decía el maestro Antonio José Restrepo, escribieron su epopeya colonizadora al grito de: **“a un lado serpientes, alacranes, avispas, tarántulas, ciempiés, hormigas rondadoras, tragos y fantasmas, diablos y demonios que aquí va un hombre con hambre”**.

En esta casa se reflejan los aires de la típica fonda caminera, refugios a los cuales llegaban los arrieros, mineros y comerciantes –provenientes de Sonsón, Rionegro y Marinilla a su paso hacia Cartago, Mariquita y el interior del país– a descansar, alimentarse, en otras ocasiones a pernoctar, a hacer negocios o dar de comer a las mulas. Sin especulación alguna, afirmamos que las fondas dieron origen a la fundación de este poblado, que se convirtió en paso obligado hacia el sur y epicentro de la expansión colonizadora hacia Caldas, Quindío y Risaralda.

Es común oír a los viejos que se reúnen en el parque Bolívar hablar de que allí, donde ahora se encuentra la sede de la Alcaldía, se abrió la **Fonda de Manuela**, la primera fonda caminera que existió, abierta por Manuela Ocampo, una mujer proveniente de Sonsón, quien se instaló con dos de sus hijos y fue quien sembró la semilla para que llegaran más pobladores a la naciente población.

La Fonda de Manuela empezó a ser reconocida por ser el lugar donde se consolidaban importantes negocios. Allí llegó Estrada, quien visionando la construcción de un pueblo, decidió abrir otra similar –ubicada donde hoy se encuentra el asilo Santa Catalina en el parque de Los Fundadores–, que fue llamada por todos ‘Casa de teja’, pues fue la primera techada con dicho material.

Este sería el sitio de reunión de **José Narciso Estrada**, José Antonio Villegas, fundador de Abejorral, quien invitó a Juan Antonio Pérez, de quien se dice era hábil con la ingeniería, y a José Salvador Isaza, quien también había participado en la fundación de Abejorral, y aquí planearon la fundación de la ciudad con el nombre de Nueva Colonia de Ebéjico, nombre que posteriormente cambiaría a La Aguada y luego a Aguadas. Fernando, nuestro guía, nos ambientaría luego el origen de este último.

La Fonda de Manuela tiene actualmente dos réplicas que nosotros visitamos: una en la Casa de la Cultura, un escenario acondicionado con copias del inicio del

DATOS DE INTERÉS

- Aguadas fue fundada el 5 de julio de 1808.
- Se erigió municipio en 1814.
- Su centro histórico fue declarado Monumento Nacional en 1982.
- El Festival Nacional del Pasillo en homenaje a los hermanos Hernández, su evento más representativo, fue declarado Patrimonio Cultural de la Nación en el 2005.
- Hace parte de los 47 municipios que conforman el denominado Paisaje Cultural Cafetero (PCC), declarado Patrimonio Cultural de la Humanidad por la Unesco en 2011.
- El sombrero aguadeño, icono de la ciudad, recibió la certificación de denominación de origen, lo que garantiza la protección legal de su comercialización y la calidad del producto.

siglo XIX, y otra en el **Pueblito Viejo** –en el cerro de la Virgen– espacio donde se recrea la vida de antaño de la ciudad y similar al pueblito paisa de Medellín. Aquí sí que se asemeja a una escena campesina: la bruma, la montaña, un café, la calle empedrada, los incipientes rayos de sol que apenas asoman. Fernando nos dice entusiasmado que aquí el Ministerio de Comercio, Industria y Turismo adelanta los estudios y diseños para adecuar una versión de la fonda arriera donde funcionará un Punto de Información Turística.

¡Eh, Ave María, **qué heeermosura!**

Es lo que expresamos al recorrer su **trazado** –delineado sobre su geométrica figura en el parque Bolívar y en sus empinadas calles–, el cual caminamos lentamente, poco a poco, ya que en ocasiones se me dificultaba respirar y las piernas a veces flaqueaban al empezar a escalar en búsqueda de la foto de la casa más bonita o del mejor ángulo para ver una panorámica de la ciudad. Este trazado que encuadra a la perfección con las construcciones de bahareque y tapia pisada, coloridos balco-

nes y ventanas, casas de uno y dos niveles, la limpieza de la ciudad, así como con el vertedero natural de agua, conocido como 'El chorro', que sobresale en una de las esquinas cercanas a la iglesia de la Inmaculada y único sobreviviente de tantos que tuvo Aguadas.

Hermosos los uniformes techos de teja de sus viviendas y construcciones que le dan un cierto aire europeo (como esos paisajes de Suiza que emergen de las brumas) y que vistos desde diversos ángulos evocan cuadros surrealistas. O los arabescos, adornos, escaleras y tallas en madera de sus decoraciones.

Heeermoso, con marcado acento paisa, el **parque Bolívar** que, según nos dice don Juan –un residente que conoce la historia del lugar como su propia vida–, su construcción fue idea de tres estudiantes aguadeños que vivían en Popayán y se reunían a repasar sus tareas en el parque Caldas, que querían algo similar en su tierra natal. La propuesta fue acogida, y después de un tiempo y estudios se inició la obra con planos de Jaime Duque Estrada y ejecutada por Manuel Uribe.

Esta sala de recibo es el escenario donde a diario escuchamos las anécdotas de "Yegua", "Karina" y "Rafael", el de los "Benitos", pintorescos personajes que siempre adornaban sus narraciones con picardía, humor y hasta miniserenatas: "este milagro realice el prodigio de amar, hay campanas de fiesta que cantan en el corazón, solamente una vez...", entonaba Rafael, el hombre no-nagenario que, con corbata y ruana, todos los días nos recuerda la alegría de vivir.

En una de sus esquinas se encuentra la **estatua al Libertador** –mi compañero de viaje y yo acordamos que deberíamos tener una colección de fotos de los diferentes monumentos que hay en el país en honor a Simón Bolívar–. Es el sitio de reunión de jóvenes y

mayores, donde los fines de semana arriban los campesinos de las veredas aledañas a ofrecer el mercado y a vender el tradicional sombrero aguadeño. También es el "parqueadero" de las populares "chivas", ese autóctono medio de transporte colorido que traslada a campesinos con sus corotos y a niños y jóvenes, estudiantes que vienen a prepararse en las instituciones educativas del pueblo.

Aquí es donde se levantan altivas **las araucarias**, esos árboles altos que se divisan desde cualquier punto de la ciudad, que le dan una imagen peculiar y única a la plaza junto con el solitario guayacán. Aquí, en el centro de sus cuatro esquinas se destaca la pila en bronce –traída desde Nueva York por los señores Faustino y Nicolás Estrada, con motivo de la inauguración del primer acueducto que tuvo el municipio– en la que sobresalen sus ocho columnas que terminan en los faroles, cuya luz se fusiona de manera especial con los amaneceres y atardeceres, que se reflejan en el espejo de agua, en medio de las figuras de tres niños y dos sirenas en la punta.

Su cementerio San Jerónimo, construido en 1950 – en reemplazo del segundo cementerio de la localidad, ubicado en el sector de Pore– que tuvo una pila que se iluminaba y donde se encuentra el altar en el que descansa un Cristo. En el mausoleo reposan, entre otros, los restos mortales del fundador de Aguadas, don Narciso Estrada, de los hermanos Hernández, tal vez los músicos aguadeños más representativos, y de la señorita Claudina Múnera, la mujer pionera en llevar la educación a las mujeres de la región al crear la escuela Normal de Señoritas, cuando solo existía el Colegio de Varones.

Conmueven los homenajes que reciben los gestores de la fundación aguadeña con **El Obelisco**, en el **par-**

"(En Aguadas) La historia local, tan abandonada en nuestros estudios, se empina para señalar conductas al pueblo colombiano. Es decir, se introduce otro valor al estudio de nuestro pasado. Ya no son ni los generales ni los varones de exclusiva singularidad política los que aparecen. Es el pueblo como héroe, como creador, como ser que cambia el mundo rural. Es la masa anónima, la que no posee títulos, la que se levanta para dejar huella fecunda en la historia nacional. Es el humilde hombre de campo que se convierte en transformador de ideales".

Otto Morales Benítez.



Aguadas, tierra soñada... construcciones con colores que contrastan en sus puertas, ventanas y balcones.

que de **Los Fundadores**, un tributo a la tenacidad de sus habitantes, obra de Juan Ramón Grisales; o con el **monumento a las tejedoras**, escultura del artista José Solarte, un merecido reconocimiento a estas mujeres que por cerca de 150 años han mantenido la tradición del famoso “sombrero aguadeño” y de otras artesanías elaboradas en iraca.

El **parque de La Confraternidad**, más conocido como el parque de La Vana (y que sus habitantes nombran como de ‘La Habana’), donde en tiempos ancestrales brotaban los vertederos de agua y sitio para resaltar la unidad de los 27 municipios del departamento de Caldas, en igual número de astas que apuntan hacia el cielo y donde se encuentra el **templo de Nuestra Señora de Chiquinquirá**, segunda parroquia de la ciudad, de arquitectura contemporánea, inaugurado en 1961, en el que brillan con luz propia sus vitrales, y se distinguen el elevado campanario y el mural en cerámica.

Nos trasformamos caminando por la **Calle Real**, emulando los pasos de la realeza española, pero ante todo admirando las construcciones con colores que contrastan en sus puertas, ventanas y balcones, donde se desarrolla la actividad comercial de la población.

Seguimos nuestro rumbo por la **calle de Los Faroles**, adornada con estos ornamentos, que desde cada uno de sus escalones ofrece una perspectiva diferente con una tenue luz que ilumina nuestro camino.

Hubo algo que nos abrumó casi igual que la misma bruma: **‘La Casa’**, como es identificada esta propiedad de la familia Misas Hurtado, una construcción que data de principios del siglo XIX, que conserva la arquitectura de las antiguas casonas, con patios empedrados, pileta en el centro, amplios zaguanes, floridos jardines y mobiliario de la época, que es utilizado cotidianamente por sus moradores. Nos dejan fascinados la cuidada victrola, que brilla en el primer salón; la silla de ruedas, fabricada en madera –que está intacta–; las mecedoras en sus habitaciones, las camas finamente talladas en madera, cuadros religiosos; las máquinas de escribir, un original teléfono; en sus jardines, la pila, la imagen de la virgen y el rincón de los sombreros. La auténtica casa antioqueña vital para las generaciones de sus fundadores que aún la habitan.

Y qué decir del **templo de la Inmaculada Concepción**, la iglesia perteneciente a la Arquidiócesis de Manizales, cuya arquitectura mezcla estilo renacentista y



romántico, de forma rectangular, dividido en tres naves, cuya base sustenta las doce columnas octogonales adornadas con capiteles. Sus muros, como la mayoría de las construcciones, son de tapia y bahareque y sus techos de tejas de barro. Las imágenes de los santos sobresalen en los seis arcos abovedados de sus paredes.

Inaugurado en 1883, posee un órgano tubular traído desde España, y el altar con una mesa de mármol engalanada con un mosaico que representa la última cena de Leonardo da Vinci, elaborada en la fábrica de mosaicos de El Vaticano. También es el hogar de imágenes como las de la Inmaculada Concepción y La Dolorosa -traída desde París-, como parte de una promesa de una ciudadana.

Tiene cuatro entradas, tres en el frente y una lateral, llamada del Perdón. En sus muros laterales se hallan las imágenes de los pontífices Pío XII y Juan XXIII; en el centro la imagen de la Inmaculada Concepción. Sobrecogen sus vitrales -interiores y los de la fachada-, así como las dos torres en las que se observan el campanario y el mecanismo del reloj.

Un detalle particular: a las seis de la mañana y a las seis de la tarde, todos los días, las campanas interpretan el Ave María.

Hablando de templos, visitamos, ya de regreso, la iglesia de San Antonio de Arma, más sencilla, pero también conmovedora con su imagen del santo que no pudo ser sacado de su hogar. Aquí, los días 13 de cada mes, los aguadeños más devotos realizan la peregrinación a pie con el ánimo de hacer sus peticiones o cumplir promesas. Nosotros encendimos una vela y oramos.

Fernando, nuestro guía, nos lleva a los chorros, una fuente natural de agua, la única que sobrevive de las muchas que existieron en Aguadas, pues desde siempre el agua brota allí, de ahí que se dice que el nombre se originó en una expresión de los indígenas que después de adorar al Sol y a la Luna agradecían por el preciado líquido y expresaban: “Gracias porque **A**gua, **d**as”.

“Tejiendo sombreros, tejiendo tonadas”

Dice en sus inicios “Aguadas”, el poema del maestro Aurelio Martínez Mutis, que continúa: “Traca laboran

tus niñas honradas, como los arrieros que van, día a día tejiendo jornadas. Y tus tejedoras cantan a porfía el amor, el gozo, la melancolía; las manos humildes de aquellas mujeres que tiñen de azufre las telas labradas han hecho amarillos tus atardeceres y han dado blanca a tus madrugadas”.

Con esta exaltación a la laboriosidad de las artesanas aguadeñas, expertas en el manejo de la iraca o palma de toquilla –materia prima para la fabricación artesanal–, nos adentramos en esta arraigada tradición que le ha dado renombre a uno de los iconos más representativos de la “Ciudad de las brumas”: el sombrero aguadeño.

Decidimos visitar sombrererías, talleres y algunas tejedoras para conocer de cerca más sobre el sombrero. Fernando, nuestro acompañante –siempre con su sombrero puesto– nos guía por los distintos escenarios donde se realiza el proceso de elaboración.

Así nos enteramos de que es un oficio ejercido solo por mujeres, quienes con sus diestras manos tejen, punto a punto, no solo la iraca sino los sueños y las esperanzas de una tradición que se resiste a morir. Aunque tuvo su época de esplendor, ha decaído. Sin embargo, alienta descubrir personas como Ilda Dávila, una mujer sonriente que vive con su esposo y sus hijas, a quienes les ha transmitido el amor por este oficio y quien, gracias a este trabajo, fue invitada hace algún tiempo, junto con su hija mayor, a Washington (EE. UU.) para mostrar su talento.

Supimos que el apetecido accesorio tuvo sus orígenes entre 1860 y 1870, cuando un ciudadano ecuatoriano llegó por estos lugares con un sombrero, el cual desbarató y reconstruyó para descubrir cómo se fabricaba. Así empezó la tradición con el género masculino pero que luego, al transmitir la técnica, fueron las mujeres quienes se apoderaron de este arte del fino tejido, porque como nos dice Ilda, los hombres se “marearon”, aunque ellos hacen parte de las labores de cultivo, producción de fibras, acabados y comercialización del producto terminado.

Nos enseñan el proceso desde el corte de los cogollos de la Carludovica Palmata, de la familia de la iraca, pasando por el procesamiento de la paja desde la ripiada, secado al sol, planchado, blanqueado, el paso por las hábiles manos femeninas que empiezan a darle forma a la copa del sombrero y sigue con el tejido del ala, y así hasta dejarlo en “rama”; es decir, con las puntas de la paja sin cortar. Así son llevados a los talleres de los comercializadores que lo finalizan con otro proceso de motilada de la paja, planchado en prensas eléctricas, puesta del taflete (el adorno que lleva por dentro) y de la cinta externa que lo caracteriza.

Según Ilda, en la fabricación de cada sombrero puede tardarse mínimo 8 días y hasta meses, dependiendo de la calidad del mismo: si es corriente, fino, extrafino o tipo exportación, cuya diferencia está en la habilidad de cada artesana y en lo apretado del tejido. Ella nos explica que para comprobar la calidad es importante tener en cuenta que entre menos luz le pase más fino es; asimismo, el número de crecidos –los círculos en la parte interior de la copa– (que entre más sean y más definidos estén denotan mayor finura; uno de 4 o 5 crecidos es ya extrafino).

Además de acercarnos a este proceso de fabricación, nos admiramos al entrar al Museo Nacional del Sombrero, ubicado en la Casa de la Cultura, con sus seis salas que albergan cerca de 300 clases de sombreros de diferentes regiones del país, diversos materiales, colores y tamaños, todos donados. Los hay de hoja de palma, de gaita, caña flecha, tetera, cabuya, hoja de castaño, mimbre, estropajo, guasca de plátano e iraca.

No me canso de tomar fotos y empiezo a imaginar a cada uno de mis amigos luciendo, felices, los diferentes estilos.

Aquí están presentes las regiones de Antioquia, Boyacá, Caldas, Córdoba, Cundinamarca, Chocó, Nariño, Tolima, Valle, la sala internacional y la especial del sombrero aguadeño, en la cual se pueden diferenciar estilos y colores (siempre pensé que solo existía el tradicional y blanco, que no es blanco sino beige), y donde pude diferenciar el estilo Indiana Jones, el antioqueño, el americano, y hasta me atreví a probarme uno de los donados por el dúo de Los Tolimenses.

Pregunto por el “Panamá Hat” y me dice Fernando que en la época en que estaban construyendo el canal de Panamá, a los obreros les llevaron sombreros aguadeños para protegerlos, al tiempo que los estadounidenses asentados allí empezaron a comprarlos como regalo para sus familiares. Sin embargo, no fueron reconocidos como auténticos aguadeños sino como “Panamá Hat”, pero su origen es “made in Aguadas”.

Todo un arte que traspasa fronteras y que vive gracias a estas prodigiosas manos y a su reciente denominación de origen con la que se garantiza que sea una marca registrada protegida por las leyes correspondientes, que puede utilizarse con exclusividad. El de color café fue el que traje de regreso a casa.

Pero si en Aguadas se tejen sombreros y sueños, también se tejen tonadas –como lo canta el poema– a ritmo de pasillo, ese aire musical que tuvo su origen en el vals europeo, que llegó a América por allá en el siglo XIX y que tiene su máxima expresión en El Festival

Nacional del Pasillo en homenaje a los hermanos Hernández, colombiano y que cada año, en el mes de agosto, se celebra aquí.

El pueblo entero se transforma cuando llega este acontecimiento: sus calles se llenan de múltiples tonos, la gente sonríe más que de costumbre, repican con mayor sentimiento las cuerdas de la guitarra, el tiple y la bandola, el diálogo entre jóvenes y mayores se vuelve más fluido, sobresalen los elaborados trajes y las coloridas danzas, el parque se convierte en un hervidero de gente que, alegre, se contonea de un lado para otro, el manto blanco que siempre cubre la ciudad se funde de manera mágica con el color del cielo y sus montañas. Se respira, huele y sabe a pasillo, como nos enfatiza Doralba Arias Orozco, una de las organizadoras desde su creación: “El pueblo se llena de una mistura, de sentimientos, de colores, afectos, todo es pasillo”.

Aunque es una fiesta reciente –su primera versión se realizó en 1990–, ha ido creciendo y consolidándose como la celebración máxima del pueblo aguadeño y el escenario de grandes talentos nacionales, pues por aquí pasan artistas de todas las regiones del país. Desde cuando resultara ganador el tema “Mi sombrero aguadeño”, interpretado por el padre Juan José Briceño, solo una vez dejó de realizarse, en 2007.

Entre sus méritos, destaca la señorita Doralba, está el hecho de que “ha puesto también a la generación joven del país a enamorarse de la música folclórica colombiana”. Con la temperatura, que en ese momento es de casi 10 grados centígrados, las cuerdas de la guitarra resonando y el canto melancólico de sus gentes, se nos antoja tomarnos un “aguardientico” caldense, mientras intentamos repetir la letra del tema, al tiempo que el corazón vibra con las notas que evocan romance, serenata, añoranzas, la vida de los abuelos, las costumbres campesinas: la música andina colombiana en pleno furor.

Este ritmo, producto del híbrido del vals europeo y el torbellino indígena, que congrega a propios y extraños, a niños, jóvenes y adultos, es desde el año 2005 patrimonio cultural de la nación, orgullo de sus habitantes. Orgullo que se acrecienta al nombrar a los Hermanos Hernández –Héctor, Gonzalo y Francisco–, un trío de jóvenes, hijos de esta tierra que, en inicios del siglo XX, recorrió el mundo mostrando lo más representativo de nuestra música y a quienes se les rinde homenaje en el Festival.

Para Gustavo Adolfo Jaramillo, un enamorado de la obra de los Hernández y una de las personas que más ha investigado sobre ellos, la versatilidad del grupo se reflejó en sus interpretaciones, no solo de música

popular, sino que además tocaron música culta de los grandes maestros universales, así como folclórica de los países que visitaban.

Él guarda recortes de periódicos internacionales en los cuales se destacan las presentaciones de estos talentosos músicos, artistas que viajaban con pasaporte diplomático. Escenarios en Estados Unidos, México, Venezuela, España y otros países de Europa, llegando a presentarse en el Radio City Music Hall de Nueva York y hasta en la Casa Blanca en Washington, escucharon los acordes de instrumentos autóctonos que aprendieron a tocar, como el violín chino, el xilófono o el “serrucho melódico”.

El Festival Nacional del Pasillo en homenaje a los hermanos Hernández, la música andina colombiana, un suave café, las montañas de mi tierra, el manto blanco natural que cubre a este pueblo, están siempre presentes y siguen vigentes. Dan ganas de sentirnos en el escenario entonando el pasillo anónimo Huri:

*“Quisiera ser el aire, que llena el ancho espacio,
quisiera ser el huerto, que esparce suave olor,
quisiera ser la nube, de nieve y de topacio,
quisiera tener cánticos de dulce trovador.*

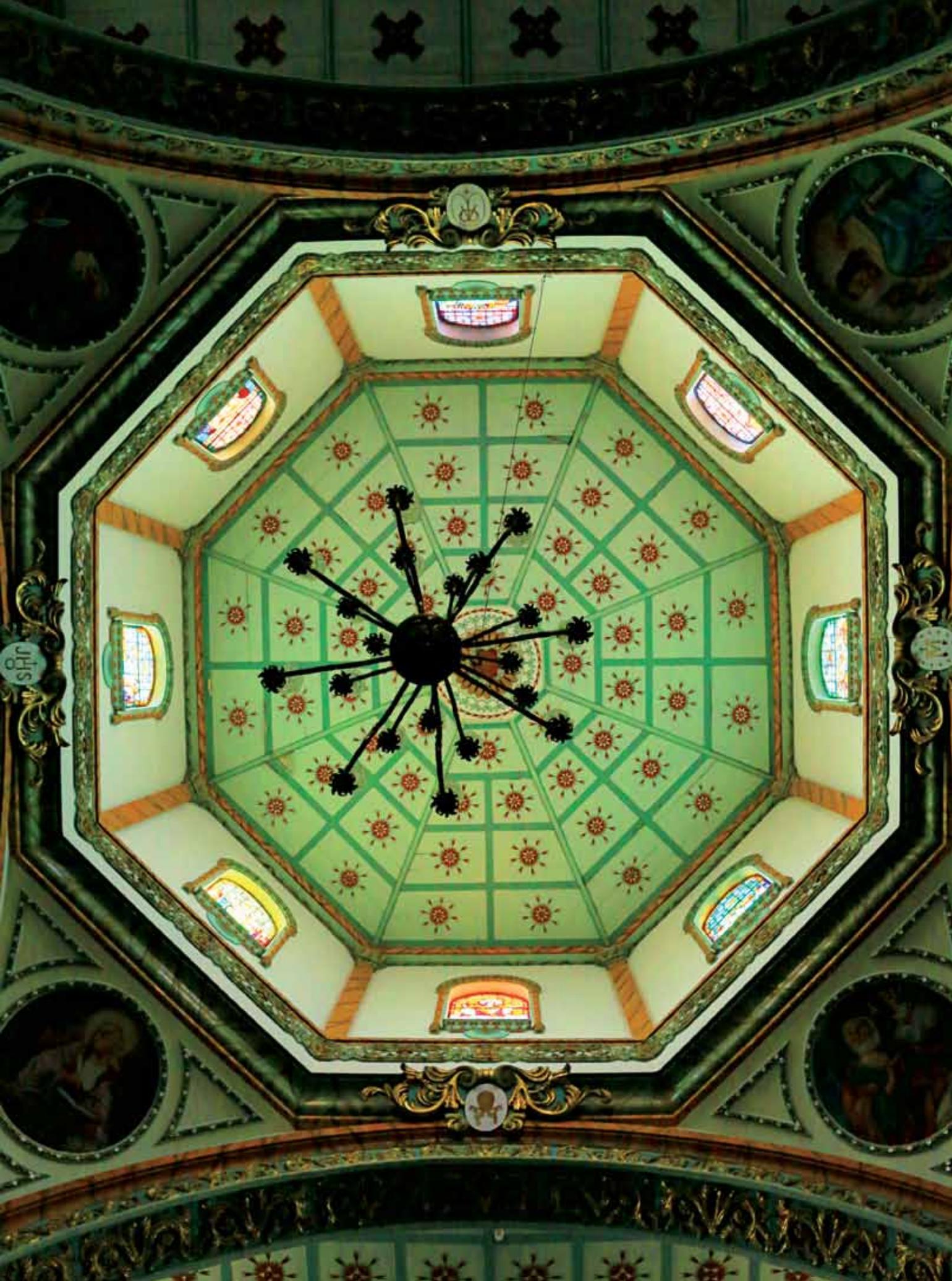
*Y así mi triste vida, pasara lisonjera,
cambiando mis dolores, por férvida pasión,
sultán siendo querido, de Hurí tan hechicera,
quitárame la vida por darte el corazón”.*

Cultura viva y popular se respira aquí

Si no que lo digan don Aníbal o don Rafael, dos ancianos que todos los días llegan al parque Bolívar y que conocen las más entrañables historias de la Villa de Santiago de Arma. Historias como la de “El putas de Aguadas”, de quien los lugareños hablan frecuentemente, en la que mezclan realidad, fantasía, mitos...

Se dice que había un niño que vivía con su mamá y sus hermanos en una vereda y que pasaban dificultades económicas, lo que llevó a este infante a salir de su casa en busca de mejores oportunidades. Así llegó a Aguadas, donde empezó a ser reconocido por sus peripecias al realizar actividades difíciles y desafiar peligros, lo que lo convirtió en el “putas”, el hombre reacio que no sucumbe ante la adversidad y se enfrenta con valentía a cualquier situación.

Su nombre, Francisco ‘Quico’ Quintana, quien nace en la vereda de Pore y se caracteriza por su traje que





emula al hidalgo caballero montañero, con poncho y sombrero aguadeño, cotizas, machete, zurriago y carriel.

Un personaje que representa la verraquera, la tenacidad, el temperamento, la responsabilidad, osadía y empuje del hombre aguadeño, que es capaz de enfrentarse a todo, hasta a lo imposible. Una entrañable herencia antioqueña y arriera. De recuerdo me llevo la frase de don Aníbal, el despachador de taxis que todos los días se ubica en una esquina del parque Bolívar: “‘el putas’ no ha muerto, todos los aguadeños lo llevamos en el corazón y en nuestra vida”. Mientras tanto nosotros nos endulzamos con un par de porciones de pionono, el icónico dulce aguadeño.

Manifestaciones culturales en su Casa de la Cultura Francisco Giraldo, en la que se encuentran las salas: indígena, de documentos antiguos, de antigüedades, Camilo Torres, la de la Fonda de Manuela, el Museo Nacional del Sombrero -como ya habíamos contado- y la Biblioteca Municipal.

El recorrido nos permite ver documentos originales de mediados de 1800, entre los que se encuentran decretos, comunicados, sellos de correos, fotografías de personajes y acontecimientos cotidianos; algunos cráneos humanos, vasijas de barro, piedras de esmeraldas y otras riquezas indígenas, sillas, muebles, la primera planta telefónica del municipio, las lámparas del antiguo alumbrado público, una caja fuerte de madera, vetustas sillas de montar, los implementos de la fonda, una colección de estatuillas de personajes de la región talladas a mano por el señor Eugenio Lotero, quien dedicaba las tardes a elaborarlas.

Cultura viva en la biblioteca que guarda una representativa colección bibliográfica y literaria, a la que se puede acceder de manera gratuita, con un especial espacio dedicado a la producción local.

Cultura viva producto del talento de escritores, poetas, músicos, historiadores, como don Javier Ocampo López, escritor, educador y doctor en historia; el antro-

"*Tu nombre ciudad querida,
es orgullo de la nación.
Tu cielo todo lo aclama
Porque tu tierra es un primor".
Pasodoble "Aguadas"*

pólogo e historiador Luis Horacio López; Abel Farina, seudónimo de Antonio María Restrepo, poeta, periodista y traductor; los escritores Javier Arango Ferrer y Horacio Franco; Leonel Estrada, artista, educador, gestor y coleccionista; Noel Estrada Roldán, poeta y filósofo; José Martínez Sánchez, poeta, narrador y profesor, o don Aníbal Valencia Ospina, pintor, escritor, periodista, escultor, docente, historiador, gestor e ideólogo de los principales eventos de la ciudad; Francisco Franco Valencia 'Pachofra', una de las personas que más sabía de la historia del municipio, entre otros muchos gestores de la cultura.

Paisaje Cultural Cafetero

Por supuesto que toda película tiene su escenario natural, y el de esta no podría ser mejor, ya que nuestro protagonista, Aguadas, se encuentra en medio de una rica, diversa y exuberante cadena montañosa, que irradia diversos tonos de verde que se fusionan con los sembrados de café; una niebla que envuelve con su blanco manto; flores de brillantes colores; el cerro de Monserrate desde el cual es posible tener una vista de 360 grados sobre la ciudad y avistar municipios vecinos; su nacimiento Jardín Botánico; numerosas fincas cafeteras, unas elevadas araucarias; su cercanía con el río Arma, una historia viviente; pero además hace parte del Paisaje Cultural Cafetero, declarado patrimonio de la humanidad por la Unesco.

En nuestros recorridos pudimos comprobar por qué. Nuestras cámaras no pararon de plasmar paisajes diver-

sos, imágenes, personajes, sonidos, escenas mágicas. Delineamos el cauce del río Arma, saboreamos, sorbo a sorbo, su suave café. Desde el cerro de Monserrate –sí, homónimo del de Bogotá–, nos deleitamos con hermosos amaneceres y atardeceres, vislumbramos las primeras luces de los pueblos de cinco departamentos: Caldas, Tolima, Antioquia, Chocó y Risaralda, que al anochecer se encienden poco a poco formando un pesebre natural.

Su riqueza también la vimos reflejada en la vereda de Viboral, donde su colegio, "amigo del turismo", con apoyo del Ministerio de Comercio, Industria y Turismo, lidera proyectos de sostenibilidad y aprovechamiento de los recursos naturales, que son ejemplo en el país.

Sus fuentes hídricas, representadas además en las cascadas La Chorrera y la de Pore, una de las más elevadas del departamento, la vertiente del río Arma, su relieve que hace parte de uno de los ramales de la cordillera Central denominado "Santa Rita", el alto de la Virgen, donde se encuentra el Pueblito Viejo, la reserva natural de Tarcará, con recursos para el ecoturismo y el avistamiento de aves.

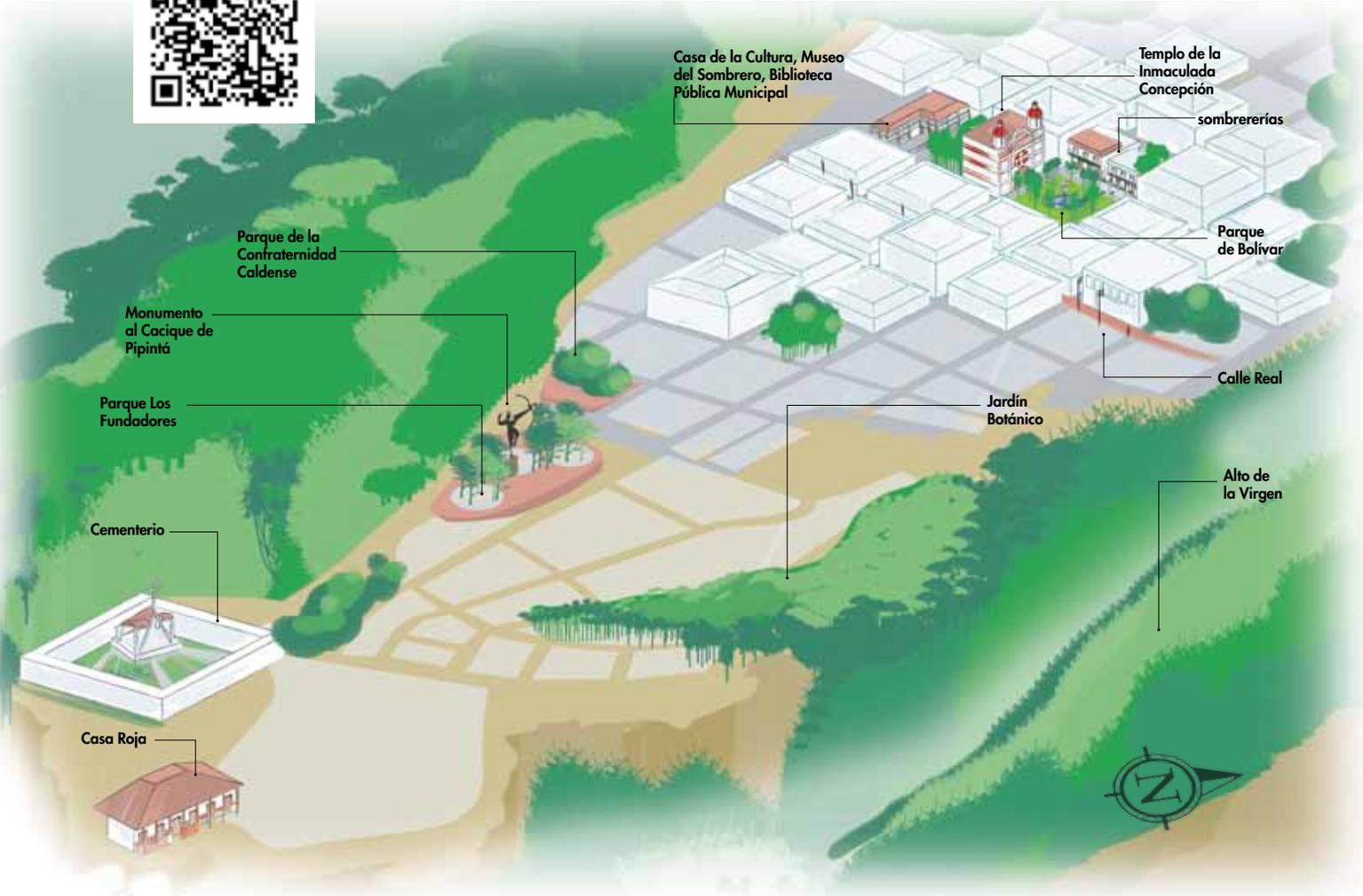
Bien lo escribió Carlos Alberto Osorio, artista oriundo de este pueblo patrimonio, en su libro *La aguadeñidad*: "Aguadas es inspirador. Basta con mirar al cielo y cómo las manos invisibles de los dioses van tendiendo sobre el pueblo desprevenido su espeso y opalino manto con gélidas intenciones. O presenciar desde la cúspide del Monserrate los cambiantes colores del atardecer que se encienden en rojos fluorescentes hasta teñir el paisaje en un candente crisol que pierde intensidad a medida que el astro rey se oculta trémulo tras las lejanas cordilleras, hasta convertir el paisaje en una pintura rafaelesca de cortantes colores claro oscuro".

Esta película seguramente tendrá más de una parte, nos quedan los deseos de hacer una zaga completa, de plasmar cuadro a cuadro, diálogo a diálogo, con su luz y su música, la esencia de un pueblo patrimonio que cubre con su natural manto una riqueza que abruma. Tierra fértil para el turismo. Tierra soñada a la que volveremos.

El sitio web virtualtourist.com, especializado en turismo, candidatizó al Paisaje Cultural Cafetero a ser la octava maravilla del mundo.



Aguadas



Aguadas guarda tradiciones con las que construye un prometedor futuro turístico.



ALTITUD: 2.214 m.s.n.m

EXTENSIÓN TOTAL: 482,7 kilómetros cuadrados.

UBICACIÓN: en el norte del departamento de Caldas a 126 kilómetros de Manizales.

TEMPERATURA PROMEDIO: 17 °C

MUNICIPIOS CERCANOS: Abejorral, Sonsón, Salamina, Pácora, Caramanta, Valparaiso, La Pintada

INDICATIVO TELEFÓNICO: (57-6)

HOTELES: Se ubican en cercanías del centro histórico y ofrecen habitaciones con baño privado, agua caliente, señal de televisión por cable, acceso a internet.

RESTAURANTES: La oferta se basa en platos típicos antioqueños y cafés.

FIESTAS Y OTRAS CELEBRACIONES:

Junio 13: Fiestas de San Antonio de Arma.

Agosto- segundo puente: Festival Nacional del Pasillo Colombiano.

Octubre- cada dos años: Encuentro Nacional de Escritores Aguadeños.

Noviembre: Fiesta Patronal Parroquia Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá.

Noviembre: Encuentro Nacional de Danzas.

Diciembre: Verbena Popular de la Iraca.



Copyright 2013. Ministerio de Comercio, Industria y Turismo. Prohibida su reproducción total o parcial, así como su traducción a cualquier idioma sin autorización escrita de su titular.



MinCIT
Ministerio de Comercio,
Industria y Turismo



EL TIEMPO